

7.1 El embarazo

En lo general, se considera que la mujer embarazada debe cuidarse porque “no tiene fuerza”. No tiene que hacer nada, “porque es de menos fuerza (*ch'ama pisi*)... está enferma”. En el fondo, se piensa que la mujer tiene menos fuerzas que el hombre por el hecho de que tiene wawas. Pero, por otra parte, la mujer trabaja más que el hombre. Como dice doña Urti:

... los hombres van agarrados con algo, y la mujer va con conejos, con gallinas y chanchos, y tiene que lavar los platos. Tiene que alimentar a los conejos y a los chanchos. La mujer es la que más trabajo tiene. El hombre no.

Debido a eso, se recomienda que la mujer siga con sus trabajos cotidianos, pero yendo despacio, levantando cosas livianas y sin hacer mucho esfuerzo. Se puede ir pastando los animales pero no debe hacer los trabajos duros en las chacras. Por el contrario, si ella remueve la tierra (*phirichaña* o *qhulliña*) “así se puede aplastar a la wawa y por eso la cabeza de la wawa se aplasta”. Doña Fabiana narra de su experiencia:

...sólo que no se manejan cosas pesadas. Aparte de eso se hace todo. De envolver lana, tejer, eso nomás sé esperar; dicen que nos envolvemos, nos tejemos. Eso yo sé tener miedo. Tal vez sea así. De manejar pesado no sé sentir. Y para ir a la chacra no sé tener flojera. Como si no estuviera embarazada, así caminaba, tranquila nomás. Después me he librado.

Hay una idea generalizada de que si bien la mujer va a estar sentada y no va a hacer nada, entonces va a tener problemas “porque la cabeza de la wawa va a crecer, y no va a poder dar a luz”. Sobre todo debe cuidarse la espalda, “inclusive hierbas tiene que colocarse porque el sol cae pues”. Se considera un peligro solearse demasiado puesto que la placenta “se pega”

(*sijskatix*) a la espalda. Como dice doña Urti:

Algunas se hacen solear, se sacan la chompa o trabajan con chompa nomás. Por eso pues la sangre va a la placenta (*parisa*), y así se pega a la wawa.

Siempre el período de embarazo es motivo de preocupación tanto para la mujer como para su marido, más que todo si es el primer parto en la familia. Cuando llega el momento para dar a luz, muchas veces el marido encarga a alguien para vigilar el estado de su esposa, porque es posible que ella dé a luz de día, cuando él está en la chacra.

7.2 Las enfermedades durante el embarazo y el parto

En el campo, la “hinchazón” (el edema) de la embarazada no es considerado un riesgo alto. Según doña Urti, a veces durante el embarazo “se hincha un poco la pierna (*kayu p'ust'araki*)” de la parturienta, debido a que “el viento le ha soplado”. Pueda que la mujer haya estado en un ambiente caliente “cerca del fogón” y luego salió al frío. Después de parto también es posible que se hinchen las piernas “por el frío que está entrando al vientre”. En este caso se hace sahumar con copal “para hacerle transpirar” y se lava con retama y *ch'akataya*¹ para deshincharle.

Las hemorroides, según doña Urti, se deben al hecho de que la embarazada está constantemente sentada cuando está en vísperas de dar a luz, especialmente cuando viene transpirando de alguna parte y luego se sienta. Las várices (*wila wina misturatanaka*: literalmente “las venas salidas”) son reconocidas como una enfermedad que se debe a que las mujeres no se cuidan después del parto, levantándose demasiado pronto cuando están todavía transpirando y “Por eso las venas se congelan”.

7.3 El malparto

En la zona de Inka Katurapi hemos oído de 4 ó 5 casos de malpartos provocados por la violencia del hombre contra la mujer. En el mismo contexto, se habla de varios casos más de wawas vivas que llevan alguna “mancha” verdeada en su cuerpo, a consecuencia de las patadas del marido a su esposa embarazada. Según doña Urti:

Nunca va a desaparecer la mancha verde y así va a morir. Si es hombre, así siempre va a estar, es para siempre esta mancha. No puede perderse.

¹ Ver nota 4.

En casos de malparto, hay que curar tanto al cuerpo físico como el espíritu de la mujer. Para parar la sangre, doña Urti recomienda que se tome *latri*, una especie de greda “que se encuentra en La Paz”, conjuntamente con la pluma de avestruz (*suri phuyu*). Una alternativa es tomar una infusión de la flor de *qintu* (*qintu panqara* o *qintu achu*) que crece en Inka Katurapi. Se divide la flor en fibras y después de tostarlas en un *qhiri* (fogón), se las coloca en agua hervida, acompañada con perejil.

Para curar las penas y la tristeza en el espíritu de la mujer, existen otras costumbres. Primero hay que despachar los males, por ejemplo los *achachis* que ha causado el daño, y luego hay que hacer curar a la mujer (*qullaqayaña*).

7.4 Los períodos del parto

La gente de Inka Katurapi, como en Qaqachaka y otras partes del altiplano, divide el trabajo de parto en *dos* fases, y no en *tres* períodos como hace la profesión médica. Estos dos períodos surgen de la importante división conceptual entre el nacimiento de la wawa y luego el nacimiento de la placenta, o alumbramiento, percibido como otra wawa:

- i) El período desde los dolores del parto hasta la dilatación y luego el nacimiento de la wawa, y
- ii) El período de los dolores hasta el alumbramiento o “nacimiento” de la placenta, como otra wawa.

Es más. En cada caso, el nacimiento de la wawa o de la placenta está acompañado por otro período distinto que se relaciona con la muerte. Por ejemplo, después del nacimiento de la wawa ocurre un período algo “liminal” o intermedio, que tiene las características de un velorio. Y luego, después del alumbramiento, ocurre otro período igualmente distinto, cuando la madre y sus ropas del parto reciben una atención especial en un día de lavado, que tiene algo en común con el “lavatorio” de las ropas después de una muerte. Esta última etapa parece terminar cuando la placenta se convierte de “viva” en “muerta” y se la entierra, en una ceremonia que tiene algunas características de un “despacho” o entierro de un muerto.

La gente del lugar, ¿con qué compara esta placenta ya muerta? Por una parte, es como si el entierro de la placenta tuviera las características del entierro de otra wawa muerta, es decir de un “angelito”, todo completo con sus alas y cosas en miniatura. Por otra, su entierro tiene las características de el de un adulto, pero en este caso ¿quién sería aquel adulto muerto? Tenemos algunas pautas, porque en el mismo período del velorio después del nacimiento, la gente habla a la placenta todavía retenida, dirigiéndose hacia ella con la palabra *tayka*, “madre”, o en otros lugares, *awila*, “abuela”. En este sentido, parece que la placenta ya por morir, con su sangre coagulada, encarna a los antepasados en la línea materna, en una genealogía femenina que alcanza hasta las *chullpa awichas*. Habría que explorar más esta posibilidad en el futuro.

Tomando estos puntos en cuenta, quizás otra manera de conceptualizar los dos períodos principales, según el esquema del pensamiento aymara, es la siguiente:

Comienzo del parto = llegada de la vida nueva

- i) Preparaciones para el parto, primeros dolores y nacimiento de la wawa “viva”.

Tiempo liminal = velorio

- ii) Dolores y alumbramiento de la placenta “viva”.

Cierre del parto = lavatorio, despacho y entierro de la placenta “muerta”

Otras características en común de los dos períodos del parto que destacamos, según el pensamiento aymara, son i) el forzado aumento de calor para la parturienta desde el inicio de sus dolores hasta el nacimiento de la wawa, y ii) el intento de darle más y más fuerzas para luego coadyuvar a los esfuerzos del parto.

7.4.1 Preparaciones

Cuando una mujer está embarazada por primera vez, no hay que preguntarle cuándo va a dar a luz, porque “se asustaría”. Más bien, la partera avisa a su marido: “Va a dar a luz, ya no falta mucho”. Sólo las *taykas* (madres) con experiencia podrían decir con confianza: “Voy a dar a luz en tal fecha”.

En todo este período de preparaciones, existen ciertos meses del año, con ciertos días y horas, que son considerados de buen augurio o, por el contrario, de mala suerte para un nacimiento. Es así que se considera que una wawa nacida en la estación lluviosa (*jallupacha*) “va a ser llorona (*k'alali*)”, en tanto que una wawa nacida en la temporada seca (*awti pacha*) no es así. Asimismo “no está bien si provocan el parto un martes... o viernes igual”, debido a que la wawa va a tener una desgracia (*chijini*), pero “si va a provocar el jueves, miércoles o sábado, va a ser buena”. Incluso estos aspectos pueden causar una mayor preocupación en la parturienta, “hasta pueda que se asuste”. Entonces, cualquier consejo que quiera su marido se tiene que dar lejos de la parturienta o sino afuera.

En los días antes del parto, se prepara la cama, las medicinas y las ropas. Son el marido, la suegra o mamá, o algún otro pariente, los que deben preparar estas cosas. En este sentido, las preparaciones para el parto son consideradas como acciones sociales y culturales de los familiares y no el deber de la misma parturienta. Si el marido no tiene mucha experiencia, puede pedir consejo de una partera tradicional, porque, como indica doña Urti:

Se prepara pues las camas (*ikiña*), algo para tender, lavado, lo que tiene que cambiarse, como atado está (preparado). Luego, cuando ha dado a luz, a la mujer le cambia. Saca la ropa cubierta con sangre (*wila isi*)...

7.4.2 El primer período del parto: el nacimiento de la wawa

Cuando comienzan los dolores del parto, la partera suele preguntar a la mujer:

- ¿Cuántos días ya has sentido?, o “¿ahora nomás te ha provocado el parto?” “¿Cuántos días te ha dolido el parto?” Y la mujer responde:
- No, no, ahora nomás me ha levantado... o hace dos días o hace cuatro días, o en la mañana o en la tarde.

Y recién la partera llega a su diagnosis y su remedio, dirigiendo así a la familia de la parturienta:

- ¡Trae orégano! ¡Tome orégano! o ¡Trae *chachakuma*... vamos a hacer tomar tal...—. ²

Esto es porque, según doña Urti: “Antes de que dé parto, hay que tomar mate”. En su experiencia, algunas mujeres dan a luz con una taza y otras con dos tazas, “depende de las personas”. En la práctica, las parteras tradicionales como doña Urti saben qué clase de hierba debe utilizarse y qué medición de la dosis, según la clasificación aymara del tipo de cuerpo de la parturienta: sea frío o caliente, y de su clase de útero: si es con mucha o poca sangre.

Otras indicaciones de que el parto ha comenzado son las contracciones del útero y el hecho de que la mujer “no puede caminar normalmente”. Se describe las contracciones del útero como “estirar”, o “encoger” (*jiythaptasiña* en aymara) o alternativamente se dice que “los nervios se contraen” (*ankunaka jiythaptxiw*).

Las parteras tradicionales y los lugareños conocen el tiempo promedio que puede durar el parto. No dan importancia a la noción de un “parto normal”, medido por el partograma, como en la biomedicina. Más bien, existe una marcada variación en la duración del parto; si durara más tiempo, entonces la gente espera con paciencia, tratando de no asustar a la parturienta. Además, el momento del parto no es controlado mediante el uso de fármacos, como en el parto hospitalario; más bien, es decidido por los esfuerzos de la misma parturienta, “o por el sol o el frío”. En este sentido, la mujer da a luz en su propio tiempo “de estar enfermando” (*ususki* en aymara). Como explica doña Urti:

² *Chachakuma*, en castellano “chachacoma” (lat. *Escallonia bridgessi* Rusby.).

Si como esta mañana va a provocar el parto, entonces va a dar a luz en la tarde. Algunas dan a luz en la noche, a media noche. Y algunas tardan hasta dos días. Hay de todo pues. Así en el sol... No es así pues en la ciudad. ¿Acaso trabajan en chacras? Aquí trabajan chacras; a veces el sol solea, a veces el frío le pasa, así es. Aquí no hacen cortar; más bien la partera es la que hace dar a luz aquí. Aquí no cuentan horas; no dicen que tiene que nacer en tantas horas y lo demás. Tal vez no dan parto a esta hora, pero no contamos. Aquí dan parto cuando es posible...

El lugar escogido para el parto generalmente es la cocina de la casa, “con su calor agradable”. Los familiares, si están presentes, comienzan a calentar el lugar aún más, poniendo en el fogón ollas de agua para la limpieza y cualquier mate que sea necesario, y si es de día, calientan varias frazadas y cueros al sol para el lecho de la parturienta.

En términos de la fisiología del parto, cuando la mujer está en el primer período, se comenta que algunas gritan, otras sienten mucho, y a otras les dan un pañuelo para morder. Dice que las primíparas “son capaces de pelarse los cabellos”, mientras las multíparas “no gritan tanto... son calladas”. Para las primíparas, es común también comparar el trabajo de parto con la muerte: “es la muerte pues”, dicen.

El consejo en general a la mujer en este momento es “de no respirar, y de cerrar la boca”: *¡Jan samanimtti! ¡Lak sit'thapisim!*. Además, se trata de provocar los vómitos “para dar fuerza a la mujer”. Hasta algunas mujeres “para vomitar se meten los dedos en la boca”. Según doña Urti:

...esto mueve como corazón, y como para vomitar, pero no vomita. Más bien, eso pues le da fuerzas (*pirs churix*). Ésta es bien nomás... No es así cuando tomamos y vomitamos, nos da fuerzas...

En el campo, la noción de “dar fuerzas” a la parturienta es muy importante, tanto en los casos atendidos por parteras como en los casos domiciliarios atendidos sólo por los familiares. “Primero se tiene que masajear y después tiene que darle fuerza...” con los varios mates calientes que se prepara.

Sin embargo, en los comentarios que oímos en cuanto al alimento de la mujer en esta etapa del parto, hubo un acuerdo generalizado que la mujer “no come mucho”. Como dijo doña Urti: “Solamente come un cucharón o a veces dos cucharitas. Toma té un poquito y desayuno igual un poquito, pero algunas no toman con un pan entero... algunas les hace mal cuando comen mucho”. Debido a esto, es menos probable que la mujer vaya a ensuciarse cuando está dando a luz, y por tanto no hay ningún equivalente al enema del parto hospitalario. Además no existe el peligro de que la parturienta pueda ensuciar las manos de quienes le atienden, “porque ella no está en la cama, pues.”

Si la wawa “sabe pegarse” (*lip'katiri*) en este período del parto, entonces se puede acudir a la técnica de “sacudir fuerte” (*thalthapi*) a la parturienta en un poncho, o sino hacer lo mismo pero más suavemente (*susthapi*). El marido u otro hombre tiene que hacer la técnica de sacudir fuerte, *thalthapi*, “porque levantar una mujer pesada es difícil para una mujer”.

La posición para dar a luz que más comúnmente eligen las mujeres de la zona de Inka Katurapi es de gateo (*kumpt'asapini uschix*). En otros casos la parturienta se apoya contra el catre, o usa una almohada como apoyo, o se echa de costado contra el catre. En cualquiera de estos casos, es importante que alguien sujete la cabeza porque, como explica doña Urti: “hay caso de perder el conocimiento pues no hay que soltar la cabeza”. Por estas razones, las parteras tradicionales, como doña Urti, fuertemente rechazan la posición ginecológica (“tendida”: *laka amstat*, *liwittatata*) que usan los médicos. Como narra ella:

Así sobre la mesa le ha puesto. Yo he visto. Por ejemplo, el doctor en La Paz, le pone sobre la mesa o lo que podemos llamar ‘silla’ o ‘banquito’, y le hace estirar los pies. No está bien así... porque no hay caso para dar fuerza.

Para ellas, esta posición “deja a la mujer sin fuerzas” y “Por eso pues cortan y operan. Por eso es”. Además “Puede sentarse sobre la wawa”.

Para las parteras rurales, su prioridad es “dar fuerzas” a la mujer en dirección “hacia abajo”. En Inka Katurapi, parece que las mujeres no usan la faja (*wak'a*) para apoyar el movimiento hacia abajo en el parto, como en Qaqachaka. El consejo es que “no hay que aplastarla para abajo”, y por tanto “hay que desatar incluso la faja y se queda solamente con enagua”, y “allí hay que arreglarla”. Más bien tienden a usar la faja, la manta o mantel, “para no hacerse resfriar”, y para fortalecerse después de parto: “pues se fortalece... porque toda la barriga está destruida como para deshacerse”. Se dice también que la faja ayuda a exprimir la sangre que queda en el vientre: “es para que se exprima la sangre, para que la sangre salga, se exprima” (*wila ch'umsuñapataki*).

Aun así, algunas familias usan la técnica de amarrar a la parturienta con algo en la cintura, encima de la posición del feto, “para que no retorne” una vez que ha descendido. Don Juan Arismendi usó esta técnica en el parto de su esposa:

Para que aquí no retorne, ato aquí. Ato y no deja retornar hacia arriba. Y no hace escapar el aire tampoco... hacia abajo nomás.

Si el parto es difícil y la mujer “está perdiendo fuerzas”, entonces se le da algunos mates para darle fuerzas y apoyarle el parto. Lo más común es usar mate de orégano en una cuarta

taza, midiéndolo con cuidado, aunque algunas familias le hacen tomar mate de eucalipto junto con cuero de víbora y con dos hojas de la hierba llamada *llaqa*³. Y luego se le hace tomar grasa de víbora (*katar lik'i*) y después se agarra a la parturienta por la cintura “para darle fuerzas”. Algunas toman un poco de alcohol también. En cualquier caso, se preocupa saber si la mujer es “de cuerpo caliente” o “de cuerpo frío”, porque esto influye en la decisión de cuál de los mates se debe alcanzar a la parturienta. Aquí se nota el respeto por la individualidad de cada mujer; no hay recetas “universales”.

Es muy importante, también, el no asustar a la parturienta durante los momentos del parto. Por eso, como dice doña Urti “se mueve calladito”:

...cuando están dando parto y entran mujeres y hombres, entran en silencio. Calladito tiene que sentar.

No van a decir: “Tu enferma está dando parto”.

Hay que hablarle “despacio y suavemente” (*k'achhata*), no en voz alta, y hay que anunciarle a tiempo: “Te vas a estar salvando”. Y hay que avisar a los familiares: “Se va a estar salvando”, porque ellos se preocupan también. La meta es “ponerles contentos” (*chuymachañax*). Debido a esto, la gente del campo suele criticar un parto hospitalario en que los médicos y las enfermeras entran en cualquier momento “porque este puede asustarles”.

Además, en un parto domiciliario en el campo, existe al alcance todo lo cotidiano: los objetos y utensilios familiares y las ropas conocidas y usadas por la parturienta. Hasta la partera llega con su ropa tal como estaba vestida en el momento que fue llamada. Se preocupa que la parturienta esté bien cubierta por varias razones. Una de estas es para evitar el frío. Por esta razón, las parteras y la gente del campo en general critica a los médicos por su práctica de desvestir a las parturientas y luego llevarlas para dar a luz en una sala fría. En cambio, ellas prefieren que la mujer esté tapada bien “para que no se enfríe”.

A lo largo de este primer período del parto, la partera averigua el avance del feto, notando el descenso en el cuerpo, y apoyando con el masaje de rato en rato, pero “no lo toca (*luqaña*)” a la mujer por dentro, como hacen los médicos con el tacto vaginal. De lo contrario “de encimita hay que tocar con los dedos” (*llaminuqaña*) en el espacio bajo el esternón, para medir el descenso del feto. Tanto las parteras como los maridos respetan el pudor de la mujer y no mira “dentro de la pollera” para ver la etapa de la dilatación. En vez de esto, deja que la parturienta les comunique en qué momento va a nacer la wawa y luego, con su primer grito “¡Waw!”, la persona que le atiende, la recibe y la recorre a un lado.

³ *Llaqa*, en castellano “bufón” (lat. *Mimulus glabratus* H. B. K.).

Se nota aquí que doña Urti, al igual que doña Lucía Quispe de Qaqachaka, tiene su propia justificación para no meter la mano dentro de la parturienta: esto es que la partera es meramente humana, y además come cualquier cosa con su mano y por tanto no debe hurgar a la mujer:

No debemos hurgar siempre porque al final ¿qué somos nosotros para meter la mano adentro?

Nada. Porque de todo pues comemos...

Otra técnica que usan las parteras al masajear a la parturienta es escuchar el sonido del movimiento del feto dentro de la barriga para saber su estado de avance. Según doña Urti:

Se asoma la oreja así sobre la barriga y clarito viene —*P'ux p'ux p'ux*— y clarito la wawa viene.

—Va a nacer, va a nacer, vamos a decir...

Hay otras costumbres para la protección de la mujer de los riesgos espirituales y emocionales provocados por el susto y el miedo al parto durante este primer período. Una de éstas tiene que ver con los poderes de las piedras: de proteger a la parturienta contra los dolores del parto (más que todo si ella es *yajana*: “sin experiencia”), y además de absorber las penas y tristezas provocadas por una mala experiencia. Como dice doña Urti: es “para que se pare fuerte y para que su corazón se convierta en piedra”. Por eso, antes del parto, tanto la suegra como los parientes de parte de la mujer (*warmi masi*) le insisten: “¿Te has puesto una piedra bajo tu cintura (*k'inchhu*)?”. Esta clase de piedra (*taqu qala*) se encuentra “arriba donde están las neblinas”, además son piedras “machos” (*urqu qala*) que no se desportillan fácilmente. Esa se pone raspándola primero en “agua de medicina” (*qulla uma*) “para que no tenga miedo”. Otras mujeres usan un rosario (*miralla*) y a veces los parientes colocan cosas adicionales de metal, como un cuchillo o una hoz, cerca de la parturienta “para darle fuerza”.⁴

Si es la mujer perdiera el alma llamado *ajayu*, debido al susto, en este caso habría que llamar a alguien que sabe llamar al *ajayu* (*ajay khiwiri*) para retornarlo a su cuerpo. Algunas parteras saben hacer esto. Se llama el *ajayu* usando las ropas de la mujer, ya sea su sombrero o su manta, o si no usando un *tari* (pañó) de coca. Luego se echa alcohol en un frasco, y con *k'inchus* de coca, sebo de llama (*llamp'u*), azúcar y vino, se *ch'alla* (hace una libación) a los achachilas. “Y luego su *ajayu* se va a levantar”. Después de llamarlo, se coloca un rosario sobre la parturienta.

⁴ Se usa pequeñas piedras también para la protección de la wawa contra las enfermedades. La mujer levanta la piedra y la pone en su oído “para que no se enferme la wawa”. En caso de que la wawa se enferma, igual se hace tomar un pedazo de piedra macho, raspándola primero con un fierrito (*tataña wal lat'u*), e hierviéndolo mezclado con *chhuxlla* seca. *Chhuxlla* es el pasto que crece grande donde suele orinar el perro.

En esta etapa del parto, primero sale un líquido blanco (*isalla*) “como la vejiga del chanco (*khuchi yaqhallachi*)”, luego revienta el líquido amniótico (*malana* o *malan uma*) “pues *malana* es cosa vacía, llena de agua”, y “cuando eso se revienta, la wawa le sigue siempre”. La gente del campo no suele romper las aguas: “espera que se rompa de por sí”.

Cuando nace la wawa, se la describe usando un préstamo del castellano: *nasxiw*. Si una partera está atendiendo al parto, ella anuncia personalmente que la wawa ha nacido en un ambiente de calma y tranquilidad, “porque no podemos asustarle a la parturienta... Existe el peligro de que la wawa puede volver a entrar”. Como explica doña Urti:

...la partera va a estar observando la wawa, “En qué momento va a nacer”, diciendo. Y va a decir: “Va a nacer, va a nacer”, porque hay que escuchar. Clarito se escucha dentro de la barriga el sonido —*P'ux p'ux*—, y la wawa viene... No hay que decir nada. Hay que estar calladito. Algunas dicen que se hace volver. Calladito nomás. En este rato callado...

Cuando nace la wawa, la partera o un familiar “la recibe en sus manos”, pero inmediatamente tiene que “recorrerla a un lado”, levantando la cabeza de la wawa en alto. Según doña Urti, es precisamente esta práctica y el éxito con el cual se la cumple, que es la señal de una buena partera. Es especialmente importante evitar que el líquido amniótico y la sangre que salen de la madre gotee a la wawa, porque puede entrar a la nariz, los ojos u oídos de la wawa y hacerle mal. Le puede dejar sorda (*juqara*), bizca (*lirq'u*) “como un chino” u oscurecer la vista (*nayras chhurkt'i*), incluso puede dejarle ciega, o alternativamente puede afectar su habla: “por eso hay algunas que hablan otra clase, con la nariz (*ñusu*)”.

Si la wawa es muy débil después de un parto largo o difícil, la partera no le frota, sólo le levanta la cabeza y “De por sí va a estar gritando”.

En el momento de nacer, la familia comenta si la primera wawa es niña: “Es *imill wawa*. Ésta va a tener todo, va a tener todo completo. Ésta es una wawa de veras... ésa va a cocinar la comida” y le acarician harto y elogian a la madre. Igualmente, si es varón, le dicen: “Este es barbechador, éste es papaso”. Se observa también su cabeza y el tamaño de su frente. Si es grande y pelada se dice: “Tiene frente alta, va a ser una buena cabeza y un buen lector... va a superar a la mamá y papá...” o por el contrario si la frente es pequeña se dice: “Este no va a pensar nada, ésta no va a saber tejer, que se muera...”

A la wawa, se la recibe sobre una prenda tejida que es especialmente bonita: puede ser una mantita o un *awayu* de color. No la recibe sobre un cuero como en Qaqachaka, porque prefiere algo suave, y las mujeres modernas de Inka Katurapi rechazan los tejidos de antes porque “son ásperos”. Luego sale la placenta (*parisa*) y “con eso se separa”. Se suele cortar el ombligo después de la expulsión de la placenta, aunque esto demora un tiempo.

El momento en que nace la wawa, se la lava con un pañuelo o tocuyo limpio, pero no se lava la cabeza. El sebo blanco que cubre el cuerpo de la wawa se llama *lik'i* en Inka Katurapi (o *t'awarakhu* en los valles de Aymaya) y se piensa que las wawas que nacen con más sebo tienen más suerte. Según don Domingo, este sebo es “la saliva de Mama Dolores, la virgen del parto”. Se la lava primero con agua caliente y con un trapo áspero, como de oveja.

El día siguiente, se suele lavar la wawa con agua de jabón o “Ace”, pero en el pasado se lo hacía con agua de flores de rosa blanca, “para que esté bien blanquita” o solamente con agua. No se usa orina, como en Qaqachaka, por el temor de que la wawa “se va a volver negra”. Más que todo, se cuida el lugar de la fontanela (*phuju*), “porque el agua puede entrar ahí”. Se cuida que el agua no entre a la fontanela o a los ojos hasta una semana, porque la wawa puede resultar zoncita o tartamuda, y no va a poder leer, hasta “en la escuela no aprenden”. Si piensa que si el frío entra ahí, entonces la wawa va a ser “mocosa” (*mukurara*). Se observa la fontanela cuidadosamente y si está sobresalida (*muquhsutjama*) entonces hay que friccionarla por los costados, pero no se toca el lugar directamente. Más bien se deja que la fontanela se arregle por sí, hasta que se endurezca. A veces la fontanela suele estar hundida. En estos casos, si los padres piden a la partera: “Chupámelo”, entonces ella chupa el lugar con la boca, poniendo un poquito de alcohol ahí. Tampoco hay que tocar la cara, solamente del cuello para abajo. Estas prácticas, igual que en Qaqachaka, se deben a la idea de que la fontanela, como la cabeza misma, es delicada, porque “tiene espíritu”.

Se atiende también a la apariencia de la wawa: que sea lo más normal posible. Doña Urti nos habló de su experiencia de arreglar una cabeza deformada después de un parto difícil. Primero se espera que salga completamente la wawa y luego, cuando los padres le piden “Arrectámelo”, entonces ella comienza a “masajear su cabecita, de un lado y otro”. Comenta ella, “Si no me piden, no vamos a hacerlo; porque no es la responsabilidad de la partera”. De esta manera se arregla la forma de la cabeza, “porque en estos primeros momentos de vida, la cabeza está bien delicada pues... como barro”. Y “así bonita queremos, así arreglamos la wawa”. Se arregla también la nariz de la wawa, si es “como el fogón (*qhiri luch'itäma*)”. Y para que no tenga boca grande, si no pequeña y normal, “se coloca una moneda o un anillo antiguo ahí”. O para no tener ojos grandes, se frota sobre ese lugar con arvejas. Doña Urti critica la práctica de los médicos de jalar a las wawas con fórceps, arrancándola, y sin dar la debida atención a estas cosas.

Otra señal de una buena partera es su habilidad en “envolver” a la wawa. La misma partera tiene que enseñar esto a las mujeres sin experiencia (*yajanas*) que están dando a luz por primera vez, “porque ellas no saben cómo”. Según doña Urti, muchas wawas se deforman en los meses posteriores “porque no han sido envueltas bien”. Y cuando ya son mujeres, tienen dificultades en dar a luz a sus propias wawas, porque sus caderas son angostas:

...no la envuelven bien cuando nace... porque tienen que estar un poco separadas [sus piernas]. Algunas las ponen muy juntas y por eso no dan parto bien. Tiene dificultades después. Pues a la wawa hay que envolver bien... porque de algunas sus rodillas son sobresalidas...

En el caso de que la cadera es ancha “Hay que estirar un poco así, para abajo”. Igualmente hay que envolver bien a los varones. Si no, van a caminar “cojeando”, y “cuando juegan fútbol, no pueden correr bien...”

Se considera que es igualmente importante el envolver la wawa en ropas bonitas y bien tejidas. Aparte del asunto de la belleza, se piensa que los diseños de la ropa pasan a la wawa si es niña, y que ella va a aprender a tejer diseños parecidos cuando sea grande.

En los períodos del parto es de notar también la importancia atribuida a la fuerza del espíritu (*ispiritu*). El reconocimiento de la fuerza de espíritu de dirigir y manejar las cosas en la vida, hasta la concepción misma de la wawa, es una característica cultural muy importante que forma parte de la filosofía andina. Para los lugareños, en vez de considerar la motivación de las cosas como el resultado de las acciones humanas, se reconoce más bien que “el espíritu nos maneja”. Este espíritu tiene una de sus sedes en la cabeza, donde tiene que ver con el habla y la vista, pero se considera que también reside en el corazón (*chuyma*) y en el estómago.

No hemos sabido de un caso de desgarramiento en la zona como resultado del parto, con posterior infección.

7.4.3 El segundo período del parto: el nacimiento o “alumbramiento” de la placenta

7.4.3.1 La salida de la placenta: *parisa mistusinki*

En la zona de Inka Katurapi, se nota algunas diferencias en las prácticas del corte del ombligo y la expulsión de la placenta en relación con lo que hemos encontrado en Qaqachaka. Por ejemplo, en Inka Katurapi la práctica de las parteras y de la gente en su mayoría es no cortar el cordón umbilical hasta que salga la placenta. Sólo una minoría de las familias corta el ombligo inmediatamente después del parto, como en Qaqachaka, amarrándolo con un caito (hebra) al dedo gordo del pie derecho de la parturienta. No está claro si esta diferencia en prácticas es cultural o si viene de instrucciones que han recibido alguna vez las parteras de la zona. Además, es posible que la práctica de amarrar el cordón con un caito al pie fue una práctica médica europea del medievo que vino a los Andes con la Conquista.

Quienes amarran el cordón, lo hacen siempre con caito de llama (*garwa ch'ankha*), por ser “más fuerte y resistente”. Sin embargo, doña Urti de Inka Katurapi critica la técnica de cortar el ombligo antes de la expulsión de la placenta y según su criterio es “por eso pues que la madre muere”. También critica la técnica de amarrar el cordón con un caito a un pie, por el peligro de que el pie pueda saltar, jalando la placenta a la fuerza y provocando una hemorragia

postparto. Explica ella:

A veces algunas amarran aquí [al dedo del pie] y van a quitar la wawa cuando la placenta todavía no ha salido. Por eso amarra aquí. Pero eso salta. Eso no hay que hacer. Eso salta y se muere la madre.

El problema es que “cuando [la mujer] mueve de un lado a otro, [el cordón] puede volver a entrar y rápido muere la mamá”. En este caso, parece que doña Urti está describiendo un caso de hemorragia postparto debido a la acción de haber jalado la placenta forzosamente, desprendiéndola de la pared uterina, puesto que en esta circunstancia la intromisión de sangre en el útero y su siguiente expansión “hacia arriba”, arrastraría hacia dentro del mismo útero el extremo del cordón. En la opinión de doña Urti, tampoco se debe acudir a la práctica de torcelar el caito manualmente para que salga la placenta, “porque se puede dañar [a la placenta] así”.

7.4.3.2 El velorio

Doña Urti aconseja paciencia para esperar la salida de la placenta, y recomienda además que la parturienta no debe dormir:

...no tiene que dormir hasta que nazca la placenta (*parisa*)... no hay que dejarle dormir; hay que decirle que despierte. Tiene que estar despierta y tiene que estar hablando.

En el caso de que ella duerma, existe el riesgo espiritual que los “demonios” (*yanqha*) pueden entrar para llevar la wawa. Para evitar esta posibilidad, se hace ruido con cualquier cosa, incluso con un fusil. Cuenta doña Andrea Ramos:

Para eso algunos manejan fusil, tienen fusil en la mano. Cualquier caldera tienen y eso hace sonar o golpean con fusil a la puerta si la parturienta está por dormir. Y como el fusil tiene balas, disparan, lo sueltan...”

Esta etapa, llena de peligro, es la que inicia un período liminal con las características de un velorio, que dura desde el nacimiento de la wawa hasta el alumbramiento de la placenta. Las personas que acompañan a la puérpera tampoco deben dormir, y se suelen acullicar coca, toda la noche si es necesario, hasta el momento de la expulsión de la placenta. Sobre todo, se comenta que la puérpera no debe dormir sola sino en compañía siempre, porque, como comenta doña Andrea:

Los demonios acompañan a ellos [la madre y wawa]; estamos durmiendo y ... mata a la wawa, hace desaparecer, dice.

Cuando la wawa está todavía en el vientre de su madre, se comenta que “está durmiendo” junta con la placenta. Se considera que primero la wawa tiene que “despertar para nacer”, y luego la placenta tiene que “despertar para nacer”:

Y después, cuando nace la wawa, luego la matriz torcejea y se mueve. Y luego la placenta sale también...

De manera parecida, cuando la placenta demora en salir, se comenta que “está durmiendo”. En la mayoría de los casos, la placenta sale dentro de media hora, o hasta una hora, pero doña Urti sabe esperar hasta tres días en el domicilio de la puérpera para su expulsión:

Por ejemplo, esta tarde hay que dar a luz, y no va a salir hoy día, tampoco mañana. Algunas duermen tres días... tres días espera.

Mientras tanto, los familiares están esperando, y “la wawa está llorando con ropa envuelta ahí mismo”⁵.

Sin embargo, existen casos descritos por don Domingo, del norte de Potosí, cuando la placenta no sale y se pudre adentro, provocando mucho sufrimiento a la puérpera e incluso su muerte. Según él, si la placenta tarda en salir, entonces la wawa se llama *usunk'ulla*, y va a sufrir de toda clase de enfermedades.

Según la propia lógica de estas ideas, las prácticas para sacar la placenta tienen que ver con el “despertar de la placenta” que está “durmiendo” adentro, como otra wawa. Para despertarla, en algunos casos se unta la espalda de la puérpera con sebo (*lik'i*), y en otros se golpea sobre su barriga con una tutuma (*qiru*), con un peine de raíces (*saxraña*) o con una cuchara de madera (*wislla*), haciendo el sonido “*P'ux p'ux p'ux*”. Luego se dirige a la placenta con las palabras: “¡Placenta levántate!” («¡*Paris sartam!*!»), “Tú has dormido, ahora levántate” o “¡Levántate madre!” («¡*Sartam tayka!*!»)... “y rápido salió la placenta”. Luego se coloca la placenta a un lado, por ejemplo debajo la cama, hasta que la wawa sea envuelta y puesta al lado de su madre.

En ciertos casos, la partera llega a una diagnosis de que la placenta no ha salido “porque la mujer se ha puesto a ovillar durante su embarazo”. En estos casos: “hay que torcelar un caito

⁵ Según don Domingo, si la wawa sale e inmediatamente sale la placenta, entonces va a ser “brujo” (*layqa*).

al revés y luego la *parisa* nace también”. En otros casos, se considera que la demora se debe al hecho de que la mujer se ha soleado mucho y, por tanto, la placenta “se ha pegado a su espalda”. En estos casos, primero hay que tratar la causa del problema. Entonces se le da de beber sebo de chanco (*untu sinsala*) y luego se le fricciona con lo mismo la parte delgada de la espalda. (Algunas familias hacen esta práctica faltando un mes o dos semanas para el parto, si saben que la mujer estuvo demasiado tiempo en el sol.) Si no hay sebo de chanco, se usa papaliza (*ulluku*, un tubérculo andino), haciéndola hervir, y luego se la pone en un pequeño bañador. Con el vapor le hace transpirar a la parturienta “y a los pocos momentos se libra nomás”.

Como en Qaqachaka, se teme al peligro de que la placenta “se regrese” y que luego la madre muera (*kurstayaña*). Estos peligros están vinculados con la idea de que la placenta era no solamente “el lugar de dormir” o “la cama” de la wawa, sino que las dos “se han acostumbrado estar juntas”. Debido a esto, cuando la wawa nace, entonces “la placenta quiere regresar” buscando a la wawa perdida. Incluso la matriz se siente solita, “porque suelen estar entre dos”. Como explica doña Urti:

La *matrisa* (matriz) busca, porque la *parisa* (placenta) ha salido ya. Una es *parisa* y la otra es *matrisa*. La wawa está pues junto con la *matrisa*. Y la *parisa* es la cama de la wawa. La *matrisa*, cuando salió la wawa, entonces busca a la wawa. Le hace dar hambre y le hace torcejear la barriga... por eso la barriga tiembla adentro (*khathatxix*). A eso pues hay que darle alimentos. Y luego está bien también.

En varias de estas prácticas, se nota la personificación de la placenta, incluso su trato como otra wawa. En el aymara mismo, se dice que la placenta “nace”, igual que la wawa. Por ejemplo, don Domingo nos comentó que la placenta “agarra” (*katji*) a la wawa, hasta su término (*tirminu*), y luego le ordena salir, cuando la wawa abre los ojos por primera vez:

Es como decir: “Te he soltado, ahora te vas a salir”, diciendo le ordena. La wawa adentro, desde muy pequeña. No abre los ojos; están cosidos pues. Y cuando abre los ojos, inmediatamente sale pues. Pues se dice que la *magri* le golpea (*laq'atatiwa*). Le hace hablar dentro de la barriga y luego nace “Waw waw”, diciendo. A penas sale y llora: “Waw waw waw waw... la wawa”.

Esta tendencia cultural de personificar a la placenta, con todos los ritos asociados, se deben tomar en cuenta en las consideraciones de la salud emocional y espiritual de la puérpera, tanto en los partos domiciliarios en el área rural como en los hospitales en el área urbana. Además, habría que reconsiderar el trato en los partos hospitalarios, en caso de una parturienta

aymara. Como dicen las investigadoras del Proyecto CSRA, la placenta “no puede ser echada a la basura si no merece respeto y consideración” (CSRA, 1994).

Por otra parte, existen un conjunto de remedios caseros para que la placenta salga prontamente. Por ejemplo, a la puérpera se le recomienda tomar agua de jabón (*jawunsillu* o *jawunsill uma*) o si no una mezcla de jaboncillo con el tallo de zapallo (*sapall tunu* o *sapall ch'ina*), hervida y tomada caliente en dos tazas. Luego se repite la dosis de agua de jabón. Otras familias colocan un cataplasma de huevo batido en sus nalgas. En otros casos se le da un caldo caliente para provocar la expulsión, y luego un café o chocolate caliente “para darle fuerzas”.

Si la puérpera está en condición de aceptarlo, se le da comida inmediatamente después del parto, para darle fuerzas pero también para evitar que “reúna la sangre”. Cuando finalmente la placenta ha salido, se considera que la mujer “se ha librado de todo” y la familia se pone a acullicar coca y a tomar.

7.4.3.3 El corte del cordón umbilical: *kurur chinuqaña*

Mayormente se corta el ombligo una media hora después del parto, “cuando el cordón ha cesado de latir —*Pum pum*—”. Según don Domingo, no se debe “hacer jugar” (*anatayaña*) a la sangre. Tampoco se debe dejar salir demasiada sangre cuando está latiendo todavía, porque puede provocar la muerte de la madre. Primero se amarra (*chinuqaña*) el cordón al lado del ombligo (*kururu*) hacia la wawa y luego al otro lado, hacia la placenta. Hay que tener cuidado de no jalar el cordón cuando nace la wawa “porque se arranca pues (*t'aqakxtchixaya*)”. Además, la wawa “de por sí está jalando”. En los casos cuando tarda la expulsión de la placenta, siempre las parteras aconsejan esperar el nacimiento de ésta antes de cortar el cordón.

Al escoger un implemento para cortar el cordón, las parteras tradicionales deben considerar las costumbres de cada familia. Algunas familias les piden hacerlo con un pedazo de vidrio roto (*qhispi* o *qhispillu*), otras con un tiesto (*k'analla*), y otras con una hoja de rasurar o Gillete (*Rilliti*)⁶, y aun otras con tijeras.

Según doña Urti, se mide la distancia del ombligo a unos 3 cms., aunque algunas familias piden que se deje más largo; la razón que se da es que “de las wawas hay *lisos*, tanto la *imilla* como el varón”. (“Liso” en este contexto se refiere al apetito insaciable para el sexo.) Se lo amarra con caito o con hilo.⁷

⁶ Don Domingo, del norte de Potosí, cuenta de casos cuando se corta el ombligo con una astilla filosa de madera (*lawa jilu*).

⁷ Según Don Domingo Jiménez, se corta el ombligo del varón un poco más grande que el de la mujer y él relaciona su tamaño con el pene del varón. En su comunidad, existe el mismo dicho de que la mujer con ombligo grande “va a andar con los hombres”. El ombligo disecado se usa en los valles de Aymaya como medicina para la fiebre terciana (*chhujchu usu*).

En la práctica de doña Urti, después de cortar el ombligo se lo “unta” con una hojita de coca empapada con Mentisán y “se sana nomás”. Otras lo hacen con pomada de “Monsa”. Si se forma pus cuando cae el cordón umbilical, luego se lo “unta” con una hoja de coca empapada de “Crema de lechuga”, y se deja ahí la hojita de coca. Según ella, la infección surge debido a que “la madre carga meriendas calientes... y esa calentura transmite a la wawa”.

Luego a la madre se pone un manto en la cabeza y medias para no resfriarse mientras que la wawa “de por sí va a estar arreglando”.

7.4.3.4 El lavatorio y despacho

7.4.3.4.1 El lavado de la madre y sus ropas

El período inmediatamente después del parto es considerado peligroso, tanto para la puérpera como para el neonato, pero principalmente por el riesgo del ‘sobreparto’ de la madre. Debido a esto, hay que seguir una serie de actividades de limpieza y protección para la madre y la wawa. Una parte de estas actividades concierne, de nuevo, la forzada calentura del cuerpo de la madre que es considerado “frío”.

Como parte de los cuidados de la mujer, después del parto, se la lava con agua hervida con hojas de salvia y se la viste. Luego se hace humear de abajo con romero como desinfectante. Se la cambia de ropas con prendas que han sido bien calentadas en el humo del fuego, sacando la ropa usada en el parto, manchada con sangre, porque “es pues mojada, le hace frío y a ella misma se le provocaría la enfermedad de reumatismo” y además “tiene un mal olor”. Luego se la debe tapar a la puérpera con una frazada caliente. Según el procedimiento de doña Urti: “Cuando hace sol como ahora, y si ha nacido en la mañana, entonces la frazada hay que calentar afuera, y con eso se la cubre”.

A otro nivel, se teme a las “perversidades (*yanqhanaka*) que levantan la sangre” en la ropa manchada con la misma, —“la ropa enfermada” (*usut isi*) como se dice— y se tiene que lavar esa sangre en agua estancada el día siguiente, o si no 3 ó 4 días después del parto. Como aconseja doña Urti:

No hay que lavar ese mismo rato... por eso algunas mueren. No hay que ni sacar las ropas manchadas afuera. Hay que tener dentro de la casa nomás... Luego hay que lavar con agua estancada, así donde el agua se acumula, así se lava de esa charca. No podemos llevar al agua que está corriendo si no al agua estancada, así se lava pues...

El día después del parto se lava a la puérpera; por pudor, es preferible que la madre de ésta cumpla esta tarea.

Cuando la mujer comienza a caminar, se le da de tomar en infusión un poquito de *ch'akhataya* para que “le vuelve dura rápidamente”. Se la baña con eso y ella también la toma, “pero poquito porque es muy caliente”, o se usa la hierba *wila layu* para el mismo caso. Cuando la madre ya está caminando y quiere cocinar, recién se la lava con agua de romero y se hace una ofrenda de copal “para que no se hinche, porque le puede provocar el sobrepeso”.

7.4.3.4.2 El lavado de la ropa de la wawa

Igualmente se teme a las perversidades que pueden entrar a la ropa de la wawa recién nacida. De nuevo, comenta doña Urti:

De varios días está lavando eso. Después de lavar, secan en la casa, no secan en el río. Dicen que cualquier perversidad puede agarrar.

7.4.3.4.3 El lavado y la “lectura” de la placenta

En Inka Katurapi, como en otras partes, existen distintas costumbres que tienen que ver con la placenta. No se examina la placenta como tal, para averiguar si está completa o no, como hacen los médicos. Más bien, después del nacimiento, se le entrega la placenta conjuntamente con el cordón umbilical (*kururu*) a la partera, y ella los envuelve con ají (*wayk'a*) y sal (*jayu*) y los pone aparte en una tela, “para que no regrese a asustar a la puerpera”. Luego la partera lo entrega a alguien de la familia para que lave con agua hervida con rosas, diciendo: “Aquí es la placenta, por favor lave”.

Pero primero, algún familiar tiene que limpiar las venas de la placenta, extrayendo la sangre ya coagulada. Por tanto el marido, la mamá de la puerpera o su hermana, buscan un vidrio roto de una botella o si no un hueso de llama (*qarwa ch'akha*) “porque es grueso” y con eso se buscan los vasos sanguíneos en la placenta, raspándolos en fila (*siqiraña*) y “desespínádoslos” “para que no estén saltones”. A esta acción se llama *wina p'itaña* (“limpiar las venas”). Al hacer esto, se comenta que es “para que la wawa no tenga venas sobresalidas en sus pies”. Después, se lava la placenta con el agua hervida con flores, “pero no hay que exprimirla mucho... despacio nomás... porque dice que a la parturienta le puede provocar dolor en la espalda”. Mientras la familia está lavando la placenta, se cocina la comida.

Muchas familias suelen pedir a la partera —“Miraremos”—, rogando que ella observe la placenta para adivinar el futuro de la familia en la casa. La partera mira primero la parte que está “pegada” a la placenta, que se llama *mantu*, la cual es “como una gradita con espesor de un pedazo de papel... delgada y bonita... que ha cubierto la cara de la wawa”.⁸ En lo general, se la

⁸ Se nota aquí un vocabulario aymara distinto al de Qaqachaka y el norte de Potosí donde al útero se llama *jakaña*, la placenta se llama *ch'iwacha*, y a la parte de la placenta que fue “el dormitorio (*ikiñpa*) de la wawa”,

pone sobre lana de llama extendida y ahí es donde se pone a “echar la suerte”. La partera les instruye: “Vamos a alumbrarla bien como con una mecha”. Doña Urti narró cómo se echa en torno, “para fulano y para zutano”, con referencia a envolturas de coca, llamadas *k'intu*, que se denomina con los nombres de cada persona de la familia:

De la *parisa*, su éste hay que mirar.. *Mantuxa* se llama, *mantu*... Está bien bonita, puesta en su cara. En su carita, ¿no es así?... Esta placenta que ha nacido, esa pues. Eso sí se mira pues. Hay que mirar en agua tibia. Hay que calentarla y después se pone en la mano. Ese momento es pues bueno... Primero para la púerpera y después para la wawa. Ahí es donde se sabe sobre la vida o muerte del niño. Luego podemos mirar de toda la familia. Si va a tener plata o no va a tener plata. Si éste va a morir. Si va a morir esta familia. Qué familia adelante será... La que mira es la *partiri*. Yo sé ir a mirar... Otros no sé si harán mirar o no.

— Miraremos (*uñañani*), diciendo, uno se saca tiempo. A quienes he hecho dar parto, a ésas les digo: —Miraremos.

Cuando se la lee, se ve si va a brillar bien, o si no si va a ser negro nomás. Lo primero significa suerte, pero lo segundo “no está bien”⁹.

7.4.3.5 El entierro de la placenta

El nacimiento de la wawa está fuertemente relacionado con la suerte y éxito de la casa como lugar, con su propio espíritu tutelar y ancestral, y de la familia que reside ahí y sus generaciones de descendientes. Por estas razones, la mayoría de la gente entierra la placenta el día después del nacimiento y en la misma casa, pero alejadito “en otro cuarto” o si no en la “esquina de la puerta”. Lo importante es que “no pueden llevar a otra casa u otro lugar alejado”. Otras familias tienen variaciones sobre esta costumbre al poner la placenta bajo el alero del techo de la cocina, en el extremo (*uta chuxchu*) y en el calor. Pero todavía se lo hace, según doña Fabiana de Arismendi “preparada con mucha gracia”. Y ahí se la deja hasta que se vuelva ceniza, “para que la wawa no tiemble de frío (*ch'uch'u*)”. Otras dicen que hay que arrojar la placenta al río, aunque otras dicen que si se hace esto, “entonces la wawa no va a saber encontrar nada fácilmente en esta vida”.

Otras costumbres relacionadas con la placenta tienen que ver con el género de la wawa. Por ejemplo, si es una niña, se solía enterrar la placenta completa con los utensilios femeninos en miniatura, con los palos (*sawu lawa*) y cuatro estacas (*ch'akuru*) de un telar, más su rueca

llama *ithapu*. El *ithapu*, según don Domingo, es el lugar de mamar de la wawa y tiene tetas de forma espinosa. Además, la amplia cantidad de tetas “entrega la riqueza al niño”.

⁹ Según don Domingo, cuando se lee la placenta, para tener plata la placenta aparece blanca cuando se la observa. Y el que es “indio legítimo” (con menos acceso a dinero) es “plomo” (*uqi*) en la placenta.

(*qapu*), diciendo “Va a ser buena tejedora” (*Suma sawuriniwa*). Sin embargo, en la actualidad, se enfatiza más la habilidad de una mujer para ser comerciante, al enterrar dinero y cosas para la venta, o su habilidad como cocinera, al enterrar ollitas. En el caso de un varoncito, se la entierra con alguna herramienta de cultivo, como la chunta (*llijwana*), el *uysu* o la *pikuta*, diciendo “Va a ser buen agricultor (*qulliri yap luriri*: literalmente “va a ser buen removedor de tierra, hacedor de chacra”), y a veces se pone también una ovejita en miniatura. Con estos implementos en miniatura, se refuerza el género de la wawa,¹⁰ y se lo hace en líneas paralelas, es decir la madre hace las herramientas si es hija y el padre si es varón.

Se entierra la placenta “al igual que una persona”, envuelta en ropa de varón “como su mortaja” si es niño, o en ropa de mujer si es niña, acompañada con una variedad de ingredientes: sebo (*llamp'u*), ají (*wayk'a*) y sal, con ceniza (*qhilla*), azúcar, tres envolturas (*k'inchu*) de coca y flores de rosa “para que la wawa sea de buen carácter”.¹¹ En otras familias de la zona, según doña Andrea, se la forma de entierro es más como de una wawa (es decir un “angelito”), “como para cargarse, envuelta, con alas, abarcas, con pequeña chompa y camiseta”.

Al enterrar la placenta, se le pide: “No vas a causar ninguna enfermedad, tampoco vas a hacer enfermar a la wawa”. Después de enterrarla hay que taparla con un fierrito. Por el contrario, si la botan, la wawa cuando ya es mayor, “puede ser loco”. Por estas razones, la gente del campo desconfía de las costumbres en los hospitales, de botar o quemar la placenta sin darle más importancia, “así nomás”.

El ají y la sal se juntan con la placenta, según doña Urti, para que no se asuste la parturienta y no le dé pesadilla: “Porque en la noche dice que le asusta, como una cosa negra se pone encima, porque sabemos pues dormirmos”. Por tanto, se pone un fierro encima del lugar de entierro, asimismo la sal, para que no se mueva. El peligro es que la misma placenta, imbuida con los espíritus ancestrales maternos, pueda regresar “encima de la mujer” y asustarle, hasta sofocarle.

Debido a estos peligros, después del parto y el alumbramiento es importante también dar ofrendas a los espíritus tutelares del lugar y a los *achachilas* (dioses) de los cerros. Para hacer eso, se hace una *ch'alla* (*ch'uw't'asiña*) con alcohol, suplicando al espíritu de la casa:

—Ay Cóndor Mamani, no vas a recibir nada—

e igualmente al Qullpani (“el lugar de tierra de salitre que recibe todo”)

y a los *Achachilas*: —No permitas que nos pase algo—.

¹⁰ En el norte de Potosí, don Domingo dijo que él personalmente ha fabricado estas herramientas del varón en miniatura para ubicar en la cabecera de la wawa, para que sea un buen agricultor. También hizo un pequeño toro de un cuerno, para colgar del cuello de la wawa, para que “no se enferme”.

¹¹ Es interesante notar que en las áreas periurbanas igualmente se entierra el producto de un aborto inducido, con ají y sal, y también con agua bendita y con una cruz, para evitar el *limphu* (Rance, 1995).

La partera hace esto primero, acompañada por la puérpera y luego sus familiares, y todos ch'allan para la wawa recién nacida, hasta fuman cigarillos y acullican coca de la *istalla* familiar. Los miembros de la familia también dan gracias a la partera, diciendo: “Tu mano es medicina siempre”.

7.4.3.6 La presentación de la wawa al sol: *willkachaña*

Otra costumbre en Inka Katurapi, que parece culminar toda la serie de ritos relacionados con el parto y el alumbramiento, ocurre cuando la wawa ve el sol por primera vez. Se dice que no se debe sacar a la wawa afuera sin este acto previo, y que si no se cumple, le puede pasar una desgracia. Esta costumbre se llama *willkachaña*: literalmente “hacer reflejar con el sol”. Por varios días, o hasta un mes después de su nacimiento, la wawa está envuelta en telas y no se le permite ver el sol, ni dejar que le caiga el calor solar “porque el reflejo le molesta (*surump'iyiwa*)”. Luego al amanecer de un día de sol, cuando apenas está asomando el sol, “hay que hacer mirar la wawa al sol”, agarrada de una antorcha (*nina wiyt'asita*). Algunos jóvenes vienen a visitar la casa de los padres de la wawa para celebrar este acontecimiento, que siempre ocurre un jueves o sábado, que son los días propicios. Se viste a la wawa con una manta o gorra nueva (*ch'ullu*) o con una bayeta nueva de color. Si es varón (*yuqall wawa*) hay que sacarla en ropa de varoncito y si es una chica (*imill wawa*), en ropa de niña. Primero la madre anuncia: “Bonita saca la wawa para hacer ver el sol”: «*Willkach willkach*», y se alza a la wawa de modo que de la cara al sol por un breve momento y nada más, porque “le puede lamer el ojo”. Con esto, se dice que la wawa será vivísima, amará a su familia y trabajará bien las chacras. Si no se cumple este rito, entonces se dice que la wawa va a ser zonza o alternativamente “con bocio”.

Después de dos semanas, un padre moderno iría a La Paz para comprar algunas ropas suaves de wawa, como un nuevo gorro o faja, más una nueva frazada, pero antes se la tejía en el mismo lugar. Comenta doña Urti: “Ahora es tiempo de plata... y son tan adulados desde pequeñitos. Desde que salen de la barriga ya tienen zapatos... hasta tienen su huequito en la oreja y llevan aretes!”

Cuando la wawa está ya vestida con sus nuevas ropas, se le considera como gente.